

cual lanza una desafiadora protesta y la amenaza de su partido:

«La declaración oficial de guerra de Austria-Hungría a Servia es injustificable». «La inmanente justicia», que no es una palabra, se hará sentir un día a la monarquía que obliga a toda la raza humana, o a asistir al inicuo abuso de la fuerza, o a buscar en un desencadenamiento de guerra universal las más temerarias reparaciones de la injusticia cometida». «Es preciso que Europa conserve toda su sangre fría. Rusia cometería una gran falta precipitando sus operaciones, agrandando el conflicto». «Es preciso dar tiempo para obrar, a la prudencia y a la razón». «Cuanto a la imperial alemana, no podrá defenderse contra el justo reproche de haber enardecido a Austria en este mal camino. Pero en todas partes, a las fuerzas del derecho, de la democracia y de la paz, les habrá llegado su hora».

Quiera el Cielo, volverle de nuevo la paz a Europa, que se cumpla entre los pueblos la sana justicia y que esas palabras no sean el pronóstico cierto de hechos futuros.

FELIX URIBE ARANGO.

COMUNICACION

Señor Director de ESTUDIOS DE DERECHO.—Medellín.

Muy señor mío: La perseverancia, mejor aún, la tenacidad en la labor de fomento de las relaciones entre los pueblos ibero-americanos de ambos mundos, es condición indispensable para que la misma resulte positivamente fecunda.

Esta Sociedad así lo entiende y así lo practica, y por ello, cuando estudiada y meditada una iniciativa, considera que puede contribuir a enlazar de modo permanente a los pueblos de origen ibero, del viejo y nuevo Continente, la suma a su programa y no la deja en lo sucesivo abandonada.

Tal ocurre con la celebración del 12 de Octubre como «Fiesta de la Raza Ibero Americana».

Hace varios años que comenzamos la propaganda dirigida a que en ese día, todo el que lleve en sus venas sangre de los descubridores, o de los indígenas, de los territorios que Colón despertó a la civilización, los ibero-americanos en general, dediquemos un recuerdo al insigne marino, enviemos cariñoso saludo a los países hermanos y hagamos voto de poner nuestro grano de arena para la formación de un bloque de los pueblos de la raza, que ha de ser sólido, como para servir de basamento a la independencia de veinte naciones; resistente, como para contener el embate de otras razas, fuertes por su juventud y ambiciosas en su falta de timbres históricos, que sustituyen con sobra de riquezas.

Cada año se ha difundido más y ha reinado mayor entusiasmo por la «Fiesta de la Raza» en España y en los pueblos transatlánticos a que ella dió vida, hasta poder afirmar que en el último constituyó un verdadero acontecimiento la conmemoración del 12 de Octubre, a la que se asociaron la mayor parte

de los Jefes de los Estados, que en la citada fiesta deben interesarse.

Varios Gobiernos, decretando que se incluyese entre los días feriados la repetida fecha; la prensa en general, aplaudiendo unánime y divulgando la significación y conveniencia de la «Fiesta de la Raza» y dedicándole números especiales; las colonias de españoles, haciendo alarde de amor a la patria de su nacimiento y de gratitud a la adoptiva; y la entusiasta cooperación de los centros y personalidades americanistas, fueron en 1913 colaboradores eficaces para el extraordinario éxito logrado.

A que en el año 1914 se dé un paso aun más decisivo, sentando al mismo tiempo precedentes que hagan inevitable en los venideros la celebración del día aniversario del descubrimiento de América, como fiesta de unión de nuestra raza, deben encaminarse los esfuerzos de todos los que comulgamos en los ideales de fraternidad ibero-americana.

Tal es el motivo de la presente carta, que le dirijo fiado en la buena voluntad, con que siempre que se le ha solicitado supo poner al servicio de tan noble causa su valioso concurso que reclamamos de nuevo hoy para que apelando, con la antelación debida, a los recursos que estime más pertinentes y eficaces, contribuya en esa República, muy en particular influyendo cerca de los centros y corporaciones de que V. forma parte, a que la solemnización del 12 de Octubre, en el año en curso, revista singular importancia.

En espera de sus buenas noticias y dándole expresivas gracias anticipadas, me es muy satisfactorio reiterarle el testimonio de la consideración más distinguida, quedando de Ud. atento seguro servidor q. b. s. m.,

El Presidente,

FAUSTINO RODRIGUEZ.

LA AMERICA LATINA

Conviene estudiar por un momento el actual aspecto de las naciones latinas de este hemisferio.

Lo más notable desde luego, es la forma de composición de la raza. Según los peritos en la materia, los aborígenes americanos en el siglo XV, formaban imperios y tribus en vía de degeneración. Siguiendo la curiosa teoría de Desmoulin (según la cual la ruta que, de grado o por fuerza, eligen los pueblos, crea el tipo social) los americanos son tipos inferiores arrojados cada vez a tierras más malas del continente, por otros mejor dotados.

Sobre esta raza postergada, cayó de improviso la gente ibero, entonces en su apogeo; formada por hombres de sangre conquistadora, de espíritu místico y genio individualista y altivo. Naturalmente la nueva raza dominó, y a ello venía, mas no pudo sustraerse a necesarias deformaciones, impuestas por el nue-

vo medio y aún por la misma raza sometida. Pronto se unió a los elementos étnicos indio y blanco, el africano que venía ya en estado de completa sumisión al dominador. El mestizaje o trabajo de fusión de estas tres sangres, producirá por largo tiempo el estado turbulento de los pueblos americanos y será uno de los obstáculos para que adquieran pronta consistencia.

Obtenida la independencia por el criollo—tipo resultante de las tres razas—organizáronse las antiguas divisiones coloniales en forma de democracias. El caudillismo vino a ser su distintivo político, si bien en algunas partes, como en nuestra República, no adquirió mucha vida. El caudillo se explica fácilmente en sociedades formadas como las americanas: la exuberancia de un individuo en una raza sin tendencias e ideales bien definidos, se impone necesariamente y arrastra en pos de las suyas las energías colectivas faltas de otra dirección.

Afortunadamente la estirpe va acrisolándose, y cada día se perciben con mayor distinción las tendencias que a todo pueblo imponen sus particulares necesidades; la educación que ha recibido, obra no pocas veces de las personalidades que lo dominaron como caudillo; el territorio en que vive, y hasta el mismo elemento racial que en su población domina.

Un día surgirán los ideales; la aspiración de la compleja alma de cada nacionalidad se destacará por instantes con más brillo, y los pueblos se lanzarán al progreso cifrado en esos ideales.

Mas la falta de solidez de las soberanías americanas, no es obra únicamente del problema de la raza. Otro de sus grandes peligros consiste en la extensión enorme de los territorios para una población exigua. La mayor parte de los países del sur del continente son como cuerpos inertes: sin población, el Estado es impotente para cumplir sus destinos.

Y, contrastes hirientes de la vida, lo que otros pueblos ambicionan como la mayor riqueza, se convierte para nosotros en amenaza: los extensos territorios de nuestra América son el incentivo de la codicia de naciones viejas, saturadas de población.

Las hazañas conquistadoras de las potencias imperialistas parecerían justificables si los Estados que, como acontece en este continente, tiene sobra de tierra, pretendieran monopolizarla excluyendo de su goce al resto de los hombres; porque la tierra toda es patrimonio de la humanidad. Pero ese egoísta modo de obrar no lo usa América: ella mantiene francas sus puertas a cuantos seres humanos necesiten un puesto bajo el sol.

Lo que sucede es que las naciones poderosas quieren suelo americano, mas no lo admiten autónomo: no lo toleran independiente sino sujeto a sus sistemas caducos y asfixiantes, participe de las cargas que sobre ellas han acumulado sus grandes vicios sociales o los crímenes de sus hombres. El régimen colonial, en efecto, pretende retener a la metrópoli la sujeción política del colono y que la *Posesión* sea una fuente de lucros para esa metrópoli; lo cual es tan injusto, como en la práctica resulta erróneo.

Fuera de las dos causas principales ya vistas, hay otras, también poderosas, que contribuyen a la falta peligrosa de estabilidad y solidez que se nota en estos pueblos. Algunas se explican por los defectos de la raza, y otras son trasplantes de vicios inveterados propios de los pueblos viejos.

Entre las primeras, hay que señalar cierta concepción exagerada del autonomismo lugareño que, dentro de la nación, produce falta de espíritu nacional, porque las secciones observan un exclusivismo absurdo explotado por caciques regionales; y, al trasladarse a la sociedad internacional, se convierte en un *patrioterismo* mezquino, celoso e intransigente con la fraternidad continental.

En cuanto a vicios que indican suma precocidad, hay que notar ciertos arrestos de imperialismo de más de un país; aplicaciones conquistadoras de la doctrina de «conveniencia nacional»; y pretensiones a la hegemonía sobre sus vecinos, de no-veles potencias como Argentina, el Brasil y Chile.

Aún hay otras fuentes de peligro para nuestras patrias débiles: son los desórdenes políticos internos, que los fuertes explotan para intervenir so capa de servir a los intereses de la civilización. Y esos desórdenes han sido más de una vez fomentados por la potencia del Norte del Continente o cuando menos por ciertos grupos financieros de ella.

Finalmente, hay un motivo de intranquilidad peculiar a las Repúblicas españolas, consistente en la no delimitación entre unas y otras. Esto ha ocasionado perturbaciones y rompimientos de relaciones y en todo tiempo ha sido obstáculo al acercamiento internacional.

La entidad social que ha de sobreponerse a esas dificultades para poder ocupar, en bien de la humanidad, un alto puesto de civilización, está dividida en veinte repúblicas de educación democrática deficiente, pero sincera; todas ellas en el período de formación, más no sin que se noten ya en éstas, diversos grados de vitalidad; depositarias responsables de ingentes riquezas naturales, que superan en mucho a su población y a sus recursos pecuniarios. Países que no han definido su actitud con sus vecinos, temerosos de que los aventajen, y no han podido llegar a un acuerdo internacional que los ponga a cubierto de la garra expansionista.

Veinte repúblicas de escasos recursos económicos para explotar sus tierras; que no han hecho cuanto pueden para corregir sus errores políticos y evitar los frecuentes disturbios que dan pie al extranjero para implantar en ellas su dominio, pretextando que son indicios de incapacidad fundamental para la vida civilizada.

¡Profesores de civilización! La civilización que sacrifica millones de seres humanos en la guerra de todo un mundo!